

quísimo collar... de castañas cuidadosamente ensartadas en hilillos de oro, contándole, para explicar lo que de otro modo pareciera una extravagancia, cómo al adquirirlo había aprendido a conocer que no hay joya ni preseña que luzca a los ojos de Dios como una obra de caridad.

MARIANO TIRADO

## EL CARDENAL MERCIER

La muerte del cardenal Mercier es motivo de duelo no sólo para Bélgica, su patria, sino para el continente europeo, para la Iglesia católica, para la humanidad entera.

Ahora con ocasión de su fallecimiento y mientras sus discípulos comienzan a escribir su vida, a coleccionar y comentar sus obras, la prensa periódica traerá abundantes datos biográficos, encomiará su labor evangélica como sacerdote, obispo y cardenal, y sobre todo, su valeroso patriotismo, acendrado por la lucha y los padecimientos.

Queremos nosotros, aunque sin tiempo ni autoridad para ello, tributarle humilde homenaje, considerándolo como filósofo y propagador de la sabiduría cristiana.

Sábese que la filosofía católica llegó a su apogeo en el siglo XIII, con los trabajos inmortales de Durando, Alberto el Grande, san Buenaventura y Escoto, y del que es doctor de todos los siglos, santo Tomás de Aquino.

De allí en adelante empezó el ciclo de la decadencia, que fue acentuándose de día en día, salvo en el siglo XVI, en que volvió a brillar con vívido esplendor, merced a los sabios españoles los dominicos Victoria,

Soto y Melchor Cano; los jesuitas Suárez, Toledo y Lugo. Los grandes problemas que interesan al hombre se reemplazaron por cuestiones sin importancia alguna; se puso en olvido la fecunda inducción, y el andamiaje que se empleaba útilmente para los alumnos se conservó en las obras de estudio y de consulta.

Como natural reacción, extremada como suelen serlo todas, vino la filosofía moderna, que prescindió en absoluto de la revelación, que redujo la filosofía o a la investigación de la materia o a los fenómenos del espíritu humano, que despreció a todos los sabios de las edades anteriores, sin perjuicio de aceptar muchas de sus doctrinas, aunque presentándolas como novísimos descubrimientos.

La resurrección de la filosofía tomista aconteció en el pasado siglo y se debió a la poderosa iniciativa de León XIII, el Grande. Ya el canónigo italiano Sanseverino y el jesuita alemán Kleugen, habían escrito sus excelentes libros de texto; y al soplo avasallador del Papa, siguieron el movimiento los jesuitas Liberatore y Cornoldi y los cardenales dominicanos Zigliara y Zeferino González (1). Pero en este tránsito también hubo algo de excesivo; los libros mencionados se escribieron todos en latín, con lo cual quedaron reducidos al ámbito de los seminarios; aunque se alababa el método analítico-sintético de santo Tomás, se empezaba por la definición, pasando invariablemente de lo universal a lo particular, y se condenaba sin piedad la filosofía moderna en todas sus partes.

Monseñor Mercier comprendió con mirada genial que

(1) El P. Zeferino tuvo el mismo espíritu libre y generoso de Mercier. Si las circunstancias suyas hubieran sido semejantes a las del cardenal belga, habría podido ser el patriarca del tomismo en nuestra época.

aquel no era el camino más apropiado para llegar al fin, que era preciso aprovechar lo mucho bueno que posee la filosofía moderna, e indispensable para justificar, ilustrar y ampliar la doctrina tomista, entrar sin miedo al campo de los más recientes descubrimientos científicos. Como fray Cristóbal de Torres, pretendió «poner en seculares la doctrina de santo Tomás» y para lograrlo escribió sus obras en idioma vulgar, en prosa limpia y atractiva, y las despojó de la tradicional forma escolástica de la decadencia. Porque esta forma, convenientísima en las aulas, para dar agilidad y precisión a los entendimientos juveniles, es ininteligible y tediosa en sumo grado para el común de las gentes que no quieren estudiar y apenas consienten en leer. Y ella no se halla en las obras de santo Tomás, quien nos da sus pruebas en forma silogística rigurosa, ni contesta los argumentos de los adversarios negando o distinguiendo expresamente las premisas.

Al valerse el futuro cardenal de las ciencias físicas modernas, halló las más convincentes demostraciones en favor de la psicología, de la metafísica y de la cosmología tomistas. El doctor de Aquino había enseñado la teoría aristotélica de la materia y la forma (fuerza, como dicen los modernos), que fue objeto de irrisión para los atomistas, de Descartes acá, y en nuestros días ha sido profesada por Berthelot, Sainte Claire Deville, Roscoe, etc., y casi puesta a la vista por Gustavo Le Bon. El Santo profesa que las pasiones humanas, o las emociones, como se dice ahora, no residen en el corazón, sino en los centros nerviosos, aun cuando el corazón influya en ellas por la mayor o menor frecuencia de la diástole y la sístole; que todo viviente viene de otro viviente de su misma especie; que la corrupción de un cuerpo trae consigo la generación de otro, que el mo-

vimiento es causa del calor. Esto es lo que enseñan Ribot, Quatrefages y Pasteur. Cada nuevo avance de las ciencias físicas y naturales, es una nueva gema en la corona imperial del rey de los filósofos.

Para dar vida perpetua a su labor, Mercier resucitó, impregnándola de espíritu católico, la gloriosa universidad de Lovaina, y, para que su obra no pereciera con él, dejó una falange entera de discípulos, dignos de su maestro y que serán los continuadores del neotomismo.

R. M. CARRASQUILLA

---

## CONFERENCIA ESCOLAR

---

### LA INTELIGENCIA Y LA VERDAD

La obra del colegio, hijos míos, consiste en hacer hombres. Cuando os traen vuestros padres al principio el curso de cada año, nos lo piden expresamente. Pero en la humanidad hay muchas clases de hombres: hay quien no lo es sino a medias; otros a cuartas, y otros mucho menos. Eso es verdad físicamente hablando: ved por las calles cuántos pobres enfermos, contrahechos, lisiados, *desgraciados* decimos nosotros, y no decimos mal. Son seres defectuosos: compadeced su desgracia. Pero muchos hay que lo son también moral e intelectualmente. Hay espíritus defectuosos, corazones defectuosos, caracteres defectuosos, conciencias defectuosas. ¡Cuántos ciegos, cojos y paralíticos en el mundo moral!

No queremos, hijos míos, entre nosotros hombres defectuosos, ni hombres a medias. Al contrario, queremos hacer de vosotros hombres más hombres que los